

Zeitschrift:	Panorama suizo : revista para los Suizos en el extranjero
Herausgeber:	Organización de los Suizos en el extranjero
Band:	34 (2007)
Heft:	6
 Artikel:	Cuento de Navidad : viaje de Navidad
Autor:	Hammel, Hanspeter
DOI:	https://doi.org/10.5169/seals-908626

Nutzungsbedingungen

Die ETH-Bibliothek ist die Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften auf E-Periodica. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Zeitschriften und ist nicht verantwortlich für deren Inhalte. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern beziehungsweise den externen Rechteinhabern. Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen sowie auf Social Media-Kanälen oder Webseiten ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. [Mehr erfahren](#)

Conditions d'utilisation

L'ETH Library est le fournisseur des revues numérisées. Elle ne détient aucun droit d'auteur sur les revues et n'est pas responsable de leur contenu. En règle générale, les droits sont détenus par les éditeurs ou les détenteurs de droits externes. La reproduction d'images dans des publications imprimées ou en ligne ainsi que sur des canaux de médias sociaux ou des sites web n'est autorisée qu'avec l'accord préalable des détenteurs des droits. [En savoir plus](#)

Terms of use

The ETH Library is the provider of the digitised journals. It does not own any copyrights to the journals and is not responsible for their content. The rights usually lie with the publishers or the external rights holders. Publishing images in print and online publications, as well as on social media channels or websites, is only permitted with the prior consent of the rights holders. [Find out more](#)

Download PDF: 10.01.2026

ETH-Bibliothek Zürich, E-Periodica, <https://www.e-periodica.ch>

HANS WAGNER, CONDUCTOR DE TRANVÍAS, SE HABÍA APUNTADO PARA EL TURNO DE NOCHEBUENA, y Charlotte le había bombardeado con todo tipo de reproches. «Claro, yo *me* quedo aquí, dando de comer a todo el clan, y *tú* te largas...»

Ya era de noche. Wagner estaba sentado en la cabina del conductor. Se preguntó por qué la gente se empeñaba en ir a ver a su familia en Nochebuena, cuando lo único que conseguían era echar leña al fuego y pelearse. Nada más llegar, Ilse, su cuñada, había hecho un par de comentarios malintencionados sobre los sueldos de los conductores de tranvías, para luego presumir de su crucero por el Caribe, dando pie a su suegra para gruñirle: «Mira, *ellos* sí que se lo pueden permitir...».

A él también le hubiera gustado regalarle un crucero a Charlotte. Con tres niños, no podía permitirse ningún lujo, pero por lo menos, su sueldo de la categoría 16 llegaba para comprarle la olla a presión que quería.

Wagner echó una ojeada por el retrovisor. Después del último tumulto de las cinco de la tarde, la ciudad parecía muerta. En los barrios periféricos centelleaban los primeros árboles detrás de las ventanas, el tranvía estaba prácticamente vacío.

Solo el viejecito con el cuello de piel hacía ya por tercera vez el mismo trayecto en el último asiento.

Max Gut miraba una y otra vez el pequeño móvil que se había comprado hacía medio año. Les había dado el número a sus dos hijos. Pero, excepto una vez, cuando uno de ellos necesitaba una firma para la venta de un terreno, nunca le habían llamado. Y esta vez, Patrick se apresuró además a explicar que se marchaba a esquiar en Navidad y que su hermano se iba con él.

El tranvía traqueteó en la última parada al entrar en el bucle de retorno. Max Gut siguió sentado, el conductor del tranvía estaba a su lado. —¡Feliz Navidad! ¿Está solo?

Para Hans Wagner, estos pasajeros perpetuos no eran nada nuevo, solía ser gente solitaria.

Se sentó en el banco de dos plazas, junto al pasajero, abrió el termo de café, y le dio un dulce de Navidad. —Los hace mi mujer, son los mejores.

—No es bueno estar solo —balbuceó Gut—, sobre todo esta noche...

—A veces, uno tiene familia pero está solo —respondió Wagner, que le habló de las tensiones en su casa—. Quiero irme de viaje con mi mujer, los dos solos... Pero con tres hijos es casi imposible —suspiró Wagner—. Hago horas extra, cojo el turno de un compañero, como esta noche, y así vamos tirando... —dijo con una sonrisa amarga—. Pero no nos llega para lujo, y eso es lo que me fastidia. Aunque solo fuera una vez, querría hacerle un regalo especial a mi mujer, un detalle, para que vea lo importante que es para mí.

Max Gut miró sonriente al conductor del tranvía. —Ella tiene el mejor regalo, alguien que la quiere de verdad.

A la una de la madrugada terminó el turno y el último trayecto. Gut se despidió del conductor del tranvía y le dio un sobre. Para entonces ya se tuteaban.

Wagner le estrechó la mano al viejo. — ¡Mañana te vienes a cenar con nosotros! Comeremos restos, ¡Lotti hace maravillas con los restos!

Cuando Wagner llegó a casa, su mujer estaba ordenando el salón.

—¿Qué tal todo? —preguntó mientras colgaba la gorra de tranviero en el perchero.

—Como siempre —contestó ella—. Ilse me ha regalado una bolsa de viaje. ¿Para qué quiero yo una bolsa de viaje? —preguntó mientras ponía los últimos vasos en la bandeja para llevarlos a la cocina.

Wagner le quitó la bandeja de las manos. —Esta vez, Ilse ha tenido una idea genial. ¿Por qué no nos vamos de viaje? Charlotte sonrió un tanto amargada. —¿Con qué dinero? Él la atrajo hacia sí. —Tengo una pequeña sorpresa para ti, digamos que dentro de la olla a presión... Aturdida, miró el contenido, un sobre con tres billetes de color violeta. —Pero Hans... Hans... esto es... ¿de dónde los has sacado? Hans Wagner le acarició el pelo a su mujer. —A veces ocurren milagros en Navidad, aunque te parezca mentira, el Niño Jesús estaba hoy en la línea 6 del tranvía...

Al llegar a casa, Max Gut estaba contento, sí, casi se sentía feliz. Era bonito ayudar a otras personas, en realidad, *ese* era el auténtico espíritu de la Navidad.

Ya desde la puerta oyó sonar el teléfono, abrió corriendo. —¿Dónde te habías metido? Te hemos llamado cien veces y estábamos preocupados —eran sus dos hijos que le hablaban muy nerviosos—. También te llamamos al móvil...

Max Gut sintió un nudo en la garganta. Sacó el móvil del bolso del abrigo. Estaba apagado. —Estaba en el tranvía... —dijo en voz baja. —EN EL TRANVÍA? ¡Y ni siquiera has respondido a nuestra sorpresa! —le regañaron al otro lado de la línea—. ¿no has recibido la carta urgente? —¿Carta urgente? —Max Gut no había hecho caso del papelito rojo pegado a su buzón, pensó que sería una equivocación, ¿quién le iba a mandar una carta urgente?...

—Dentro está el billete de tren. Mañana te recogemos en Davos y... ¡Papá! ¿Qué pasa...?

Max Gut se secó las lágrimas. —Nada, nada... pero vosotros deberíais ir a esquiar y disfrutar... voy encantado... y me traigo a una pareja de amigos, él es una especie de Niño Jesús de la línea 6 del tranvía...



Viaje de Navidad

DE -MINU